

Todas las madres del mundo

A watercolor-style illustration of a woman with short brown hair kissing a baby on the forehead. The woman is wearing a light pinkish-brown top. The baby is wearing a green long-sleeved shirt. There are some green leaves and small flowers scattered around the baby.

Gustavo
Martín Garzo

Ilustraciones de Marta R. Gustems

DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Citas y dedicatoria
Las madres trapecistas
Las madres ciegas
Los santos inocentes
Las madres canguro
El niño lama
Las madres temerosas
Las ogresas
Los niños muertos
Las madres imprudentes
Las madres asombradas
Las madres niñas
Las madres desconfiadas
Las madres dadivosas
Las madres sublimes
Los niños deformes
Las madres vampiros
Las madres fantasiosas
Los hijos del misterio
Las madres extraterrestres
Las madres de los poetas
Las madres asesinas
Las que mataban por pena
Las madres elefantes
Las madres añosas
Las amas de cría
Las madres pulpos
El corazón
Las madres solteras
Las madres abandonadas

Las que abortaban
Las enseñanzas de la demografía
El jardín imperfecto
El canto más hermoso
Las madres solidarias
Las madres ricas
Las otras madres
Las que amaban a los animales
Lo que callan las madres
Las madres jirafas
Los tres cerditos
Las madres pájaro
Las madres de los príncipes
Los niños pobres
Las madres hacendosas
Las madres despreocupadas
Las madres pez
Las madres de los santos
Las madres de los asesinos
Las madres maestras
Las que no saben educar
Las madres víctimas
Las madres posesivas
Las madres envidiosas
Los niños equivocados
Las que se infantilizan
El complejo de Edipo
Las madres feas
Las madres muertas
La Virgen María
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Edición ilustrada de uno de los libros más preciosos que jamás haya escrito Gustavo Martín Garzo. Con su habilidad y pasión para contar-nos historias siempre distintas del mundo de la infancia, el de los recuerdos, el de la nostalgia, esta vez nos regala un viaje fantástico y único a las más de sesenta maternidades posibles que existen, vistas desde su imaginación. A través de brevísimas historias, recrea como si fueran fábulas, sesenta adjetivaciones que pueden aplicarse a la maternidad. Todas ellas forman un mundo que todos conocemos muy de cerca, ya sea por nuestra propia madre, por las madres que nos rodean, o por si somos madres, lo seremos algún día o no lo seremos nunca.

Todas las madres del mundo

Gustavo Martín Garzo



 **Áncora y Delfín**

Julieta: Y sin embargo sólo deseo lo que tengo.
WILLIAM SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*

Queremos explorar la bondad, comarca inmensa
donde todo se calla.
GUILLAUME APOLLINAIRE, «La bella pelirroja»

A Carmen Balcells

Las
madres
trapecistas

Lo primero que pensaban las madres trapecistas cuando por fin tenían a su bebé en los brazos era que había llegado el momento de abandonar su profesión. Una profesión ciertamente envidiable y hermosa, pero también bastante insensata, que las forzaba a asumir riesgos poco compatibles con aquella nueva responsabilidad, ya que atender a un recién nacido durante las primeras semanas de vida era una de las cosas más absorbentes y llenas de incertidumbres que existían. De modo que, a su regreso del hospital, anunciaban a bombo y platillo en el circo su propósito de retirarse. Sus compañeros, especialmente los más experimentados, asentían con la cabeza, aun sabiendo, por otros casos como ése, que no debían tomarse demasiado en serio aquella decisión. Es difícil haber probado el aire del trapecio y olvidarse de él. Era como una droga, porque allí arriba, en el trapecio, parecías tener algo de lo que los demás no sabían nada. Y en efecto, pasados esos primeros meses de atenciones y dulces sobresaltos en que los cuidados de aquel bebé ocupaban todo el tiempo, las trapecistas volvían una tarde a dejarse caer por el circo, y unos días después, como el que no quiere la cosa, estaban de nuevo colgadas en el trapecio. Y, aunque durante las primeras semanas se mostraran demasiado cautas, rehuyendo los números más arriesgados, muy pronto sólo vivían para descubrir esas nuevas formas de hacer posible lo que no lo parece, que es la eterna búsqueda del trapecio. Y poco a poco sus ojos y su piel volvían a adquirir ese brillo incomparable, en todo semejante al que se produce al hacer el amor, que era la causa de su indiscutible poder sobre los hombres. Como si allí arriba, junto a la carpa, llegaran a vivir una vida distinta, una vida que nada tenía que ver con aquella que llevaban en el suelo, ni estaba sujeta a las mismas obliga-

ciones o leyes, y en la que incluso llegaban a olvidarse de sus propios nombres y sus propias familias. Tal vez por eso, cuando regresaban a sus casas y volvían a encontrarse con sus bebés, les embargaba un sentimiento de culpabilidad que las llevaba a hacer todo lo posible para mantenerlos apartados de aquel mundo lleno de riesgos y de estricta amoralidad que era el mundo vertiginoso del trapecio. Se volvían entonces extremadamente protectoras y los llevaban a colegios de frailes y monjas, tratando de que el día de mañana se inclinaran por alguna de esas profesiones — médicos, maestros, ingenieros de caminos o técnicos de telecomunicaciones— que quieren para sus hijos e hijas los padres y madres normales. Nada que tuviera que ver con aquel mundo de locos maravillosos, de criaturas extrañas y de dulces perversidades, que era el mundo del circo. Pero también esto duraba sólo un tiempo y, sin duda, el día más feliz de la vida de las madres trapecistas era aquel en que, al entrar en la habitación de su hijita para darle las buenas noches, se la encontraban dormida con toda naturalidad en lo alto del armario.



Las
madres
ciegas

Las madres ciegas habrían dado todo lo que tenían y eran por llegar a ver a sus pequeños, aunque sólo fuera un instante que no se pudiera repetir jamás. Es cierto que ellas tenían los deleites del tacto, los dones indefinibles del gusto y el olfato, que eran diestras en explorar los misteriosos desfiladeros por los que se propagaba el sonido, y que la naturaleza les había dado el arte de trazar esas formas secretas del mundo que componen el mapa de nuestros sueños. Pero ¿cómo eran sus niños de verdad? Cuando las otras madres hablaban de sus sonrisas encantadoras, ¿a qué se referían? Aún más, ¿qué era exactamente una sonrisa? ¿Cómo eran sus ojos, y qué quería decir que brillaran sus lágrimas? Si ellas reían al verlos correr y moverse, ¿qué era exactamente lo que causaba su embeleso? ¿Llegaban los niños a volar, se subían a los árboles, andaban sobre las manos? La madre ciega iba guardando todas estas preguntas en su corazón, y envidiaba a las madres normales, que no necesitaban hacérselas, ya que para ellas todo era sencillo porque los podían ver. Bueno, así había sido siempre en su vida, desde que de pequeñas habían descubierto que las otras niñas tenían un sentido del que ellas carecían, y que el mundo no sólo se podía palpar, olfatear, gustar y oír, sino que también se podía ver, aunque no supieran exactamente en qué consistía esa posibilidad nueva. Pero se habían acostumbrado a vivir así, e, incluso cuando habían llegado a enamorarse, habían suplido, especialmente gracias a sus insospechadas aptitudes para el tacto, esa importante carencia. Pero ahora no podían seguir haciéndolo, pues era como si la imposibilidad de ver a sus hijos les privara de una parte de su ser, puede que la más encantadora e irresistible, y ya se sabe que el amor quiere la totalidad de lo que ama. Y eran muy desgraciadas por esta razón.

Lo que no sabían es que las madres normales, cuando se las encontraban, no podían dejar de preguntarse cómo se imaginaban ellas a sus propios bebés. ¿Ver con los ojos de una ciega, se preguntaban llenas de indefinibles anhelos, no era la forma suprema del amor? Es verdad que la vista proporcionaba numerosos deleites, pero ¿no era fuente también de numerosas limitaciones? Por ejemplo, las ciegas eran más libres, porque podían imaginar a sus hijos como quisieran y porque para ellas, sobre todo, no existía la fealdad. Por eso, y en la intimidad de sus habitaciones, muchas noches las madres normales cerraban los ojos y acariciaban y olfateaban a los niños preguntándose cómo sería ese mundo que se abría ante las yemas de los dedos y que sólo las madres ciegas eran capaces de recorrer. Cómo era ese mundo que hacía de su bebé algo parecido a un río sin orillas, a una duna en el desierto, a un golpe de viento cargado de aromas nuevos, al sabor de una fruta jamás probada, y cuyos gritos y parloteos se confundían con las llamadas de los animales ocultos. Y por qué la naturaleza no les había dado a ellas, como a las madres ciegas, la capacidad de perseguir ese cuerpo infinitamente moldeable, de indefinibles formas, que era el cuerpo siempre inagotable y nuevo que reclamaba el amor para cumplirse.